

III

Rosa, en la alegría del doble casamiento, que iba a ser como la consagración gloriosa de Chantled, había tenido la idea de reunir allí a toda la familia un domingo, diez días antes de celebrarse la ceremonia. Por la mañana ella iría con su novio y la familia a recibir a la estación de Jonville a la otra pareja, Ambrosio y Andrea, a quienes llevarían triunfalmente a la granja para almorzar allí. Esto sería una especie de preparación para acordar y concertar, todos juntos, el programa del gran día. Rosa se consideraba tan dichosa con su idea, se prometía tal regocijo de esta primera fiesta, que Mateo y Mariana, que la adoraban, consintieron en ella. El matrimonio de la primogénita completaba la felicidad de la casa, como la florescencia suprema de una larga prosperidad. Era la más hermosa de las hijas de los Froment, de tez dorada, cabellos castaños, ojos alegres y boca de hada. De una dulzura siempre igual, de risa franca y sonora, era el alma, el encanto de aquella vasta granja viviente, de la que parecía ser, además, la hada, la canción victoriosa.

En la elección de esposo había demostrado su buen juicio, toda la tierna energía de su corazón en medio de su constante buen humor que la hacía cantar desde la mañana hasta la noche. Hacía ocho años que Mateo había admitido en la casa al hijo de un pequeño cultivador, vecino, Federico Bertrand, un robusto muchacho que se había apasionado por los creadores trabajos de Chan-

bled, instruyéndose allí y demostrando ser muy activo y de sana inteligencia. Rosa creció y se hizo mujer cerca de él, sabiendo que era la ayuda preferida de sus padres, y desde que el muchacho volvió a la granja, cumplido el servicio militar, ambos jóvenes acabaron por entenderse y amarse. Ella estaba dispuesta a no abandonar a sus padres, a quedarse en aquella granja, donde tan feliz había sido siempre. Ni Mateo ni Mariana se sorprendieron al tener noticia de los amores de Rosa y Federico. Conmovidos por las lágrimas de su hija, aprobaron en seguida una elección en que había mucho de filial afección por ellos. La familia crecería y se ensancharía más, y esto no podía causar más que mayor alegría en la casa. Todo se arregló, pues. Habíase convenido en que el indicado domingo, en el tren de las diez, Ambrosio llevaría a Jonville a su prometida Andrea, acompañada de su madre. Y desde las ocho, tuvo Rosa que combatir para que toda la familia formase parte del cortejo que debía ir a la estación, delante de los novios.

—Vaya, eso es una locura—decía dulcemente Mariana.

—Es preciso que quede alguien aquí. Me quedaré yo para cuidar de Nicolás; los niños de cinco años no tienen necesidad de ir por esos caminos. Guardaré también a Gervasio y Clara... llévatelo a los demás; tu padre te acompañará.

Rosa insistía en aquella placentera idea, que tanto la halagaba y divertía.

—No, no, mamá; hemos de ir todos, esto es lo prometido... Imagínate que Ambrosio y Andrea son como en los cuentos, la real pareja de un imperio vecino. Mi hermano Ambrosio, al obtener la mano de una princesa extranjera, la trae para presentársela. Y, naturalmente, a fin de hacerles los ho-

nores de nuestro imperio, nosotros, Federico y yo, vamos a su encuentro, acompañados de toda la corte. La corte sois vosotros y no podéis negaros a venir. ¡Ah! ¡qué espectáculo más hermoso cuando nos encontremos todos reunidos en la campaña!

Mariana, a quien la desbordaba la alegría de su hija sugestionada, acabó por reír y ceder.

—He aquí el orden de marcha—continuó Rosa.—¡Oh! lo tengo todo organizado; vas a verlo. Federico y yo iremos en bicicleta, es más moderno. Llevaremos, en bicicleta también, a mis tres hermanitas, Luisa, Magdalena y Margarita, que formarán mi escolta escalonada, ya que cuentan once, nueve y siete años respectivamente. Podemos aceptar también en bicicleta a mi hermano Gregorio, un paje de trece años, agregado a la escolta de nuestras augustas personas. Todo el resto de la corte se amontonará en la carretela, es decir, en el gran break de familia, donde caben ocho personas. Tú, la reina madre, podrás llevar a Nicolás en tu último retoño, sobre las rodillas. Papá no llevará más que un cetro de jefe de dinastía; mi hermano Gervasio puede conducir muy bien a su lado, en el pescante, a mi hermana Clara, cuyos quince años florecen ya rápidamente. En cuanto a los dos primogénitos, los poderosos señores Blas y Dionisio, los recogeremos en Jonville, en casa de la señora Desvignes, donde nos esperamos.

Rosa triunfó en toda la línea, y bailó y cantó palmoteando de alegría. Apoderóse de ella tan repentina alegría, que hizo partir a toda su gente mucho más temprano de lo que era necesario para llegar a Jonville a las nueve y media. Pero se trataba de recoger allí el resto de la familia.

La casa en que la señora Desvignes se había refugiado después de la muerte de su marido,

que ocupaba ya unos doce años, viviendo de las pequeñas rentas salvadas del desastre, tranquila y resignada, y dedicada exclusivamente a la educación de sus dos hijas, estaba sobre el camino a la entrada de la población. Desde hacía ocho días, su hija mayor, Carlota, la esposa de Blas, había ido a instalarse allí por un mes con sus dos hijos Berta y Cristóbal, que tenían necesidad de respirar aire libre. La noche siguiente se les había reunido Blas, abandonando la fábrica hasta el lunes, contento de pasar con ellos el domingo. Era una alegría para la hermana menor de Carlota el que ésta fuera a vivir algunas semanas en su antiguo nido, llevando sus bebés, ocupando su cuarto de soltera, donde se colocaron las dos cunitas. Los juegos y las risas de otros tiempos empezaban de nuevo; la señora Desvignes no soñaba ya, en su ansiedad de ser abuela, más que en acabar su misión, tan prudentemente empezada, casando a Marta. Y la verdad es que por un momento se hubiera podido creer que en lugar de dos había tres casamientos en Chantebled. Dionisio, que al salir de su escuela especial se había metido en nuevos estudios técnicos, dormía a menudo en la granja, veía casi todos los domingos a Marta, de la misma edad que Rosa, las dos inseparables, como él las llamaba; y la joven, rubia y linda como su hermana Carlota, pero de una inteligencia más práctica, de juicio más frío, habíale seducido hasta el punto de decidirle a desposarla, aun sin saberlo, en cuanto había descubierto en ella las cualidades de las compañeras cabales, las únicas que ayudan a las grandes fortunas; sólo que, en sus conversaciones amorosas, los dos eran tan prudentes, tan llenos de serena confianza, que no tenían gran prisa de que les leyera la famosa

epístola, El sobre todo, que deseaba no arriesgar la felicidad de una mujer antes de poderla ofrecer una posición, aunque fuese modesta. Por esta razón, ellos mismos habían aplazado su enlace, resistiendo a los asaltos apasionados de Rosa, a la cual exaltaba la idea de las tres bodas a la vez. Dionisio visitaba frecuentemente la casa de la señora Desvignes, la cual, por su parte, esperaba también confiada y prudente. Aquella mañana, Dionisio, había partido de la granja, a las siete, diciendo que iba a sorprender a Blas en familia, al saltar de la cama, de manera que se le encontraría igualmente en Jonville. Precisamente la fiesta de Jonville se celebraba aquel domingo, segundo de mayo. Frente a la estación, la plaza estaba invadida por barracones, figones ambulantes, caballitos de madera y salas de tiro. Durante la noche, algunos chaparrones habían lavado el suelo amaneciendo después un día demasiado caluroso para la estación. Todos los papanatas del país se habían dado cita en Jonville, deseosos de ver la feria, y en medio de la multitud fué a caer la familia de los Froment.

—Producimos nuestro efecto—dijo Rosa saltando de la máquina en que montaba.

Era incontestable. En los primeros años, todo Jonville se había mostrado hosco y duro a los Froment, aquellos burgueses que habían venido no se sabía de dónde, que tenían la jactanciosa pretensión de hacer crecer trigo donde no había más que piedras y pantanos desde hacía siglos. Después, el milagro, la victoria de los Froment, hiriendo las vanidades, había exasperado más los odios contra ellos. Pero allí, como en todas partes, los odios no resisten mucho tiempo al éxito y quien acaba por triunfar y hacerse rico, acaba también por tener razón en todo. Por esto, ahora

Jonville sonreía complacientemente a aquella familia pululante que tanto odio despertara antes. Por otra parte, ¿cómo resistir a la fuerza febril, a la alegría de aquella invasión, cuando, como en aquel día de fiesta, la familia entera llegaba al galope, invadiendo los caminos, las calles, las plazas? El padre y la madre, once hijos y dos nietos. Los dos mayores, los gemelos, tenían veinticuatro años, y eran tan parecidos todavía, que a veces la gente confundía al uno con el otro.

El más pequeño, Nicolás, no contaba más que cinco años, y era un delicioso galopín, un hombrecillo precoz, de una energía, de un valor que resultaba chusco. De los dos hermanos mayores al pequeño, los ocho restantes se escalonaban de dos en dos años. Rosa, esplendente de vida; Gervasio, fuerte y de miembros de gladiador; Clara, silenciosa, laboriosa y de sólido corazón y juicio; Gregorio, el andariego indisciplinado, corriendo matorrales y escalando breñas en busca de nuevas aventuras; y, en fin, las tres niñas últimas, Luisa, la moza robusta; Magdalena, la delicada y soñadora, y Margarita, la menos hermosa, pero la más hermosa. Cuando tras el padre y la madre desfilaron los once en hilera, formaban una verdadera fila de gente. Era irresistible, aun para aquellos que no miraban con buenos ojos la creación de Montebled, que dejaran de sentir alegría ante aquel ejército cabalgando, invadiendo el país, como la misma tierra, en su desbordamiento de vida, hubiera producido con profusión para las eternas esperanzas del mañana.

—Es indudable que los que son más, se hacen más—exclamó alegremente Rosa.—De esta vez, estoy segura que se hablará durante mucho tiempo.

—Vaya, cállate—dijo Mariana, que apeada ya

del carruaje acababa de depositar a Nicolás en tierra.—Acabarás por hacernos chiflar a todos.

—¡Chiflar! ¡Pero si estamos causando la admiración general! Es muy gracioso, mamá, que no estés más orgullosa de tí y de nosotros.

—Sí lo estoy; lo que no me gusta es humillar a los otros.

Todos se echaron a reír. Mateo, al lado de Mariana, estaba muy arrogante, aunque guardando la tranquila bondad de siempre, cuando se mostraba al público en medio del batallón sagrado, como él llamaba jovialmente a sus hijos. La buena señora Desvignes formaba también parte en la partida desde que su hija Carlota, continuando la obra de la vida, daba soldados a aquel batallón que acabaría por convertirse en un ejército. Aquello no era más que el principio; más tarde, la familia crecería sin cesar; vendrían los nietos, los biznietos... llegarían a cincuenta, a cien, a doscientos...

—Después de todo—dijo Mateo,—no tenemos más que amigos; todos nos quieren.

—¡Oh! sí, todos. Mira si no a los Lepailleur delante de su barraca.

En efecto, allí estaban, tanto el padre, y la madre, como sus hijos Antonino y Teresa. A fin de no ver a los Froment, y no tener que fijar en ellos su atención, figuraban interesarse en la contemplación de un molinete cargado de porcelanas pintadas. Además, no les saludaban ya; habían aprovechado una ligera discusión para romper del todo. Lepailleur consideraba la creación de Chantebled como un insulto personal. Cansado de mirar las porcelanas, se le ocurrió el ser insolente, y volviéndose de repente, se puso a mirar con gran fijeza a la familia rival, que habiendo llegado demasiado pronto, tenía un largo cuar-

to de hora que matar aguardando la llegada del tren. El execrable humor del molinero se había agravado desde hacía dos meses, con el regreso a Jonville de su hijo Antonino, en las condiciones más deplorables. El muchacho aquel que partiera a la conquista de París, había permanecido tres años en casa del maestro Roussetet, sin haber hecho ningún progreso, siempre perezoso y tardío. Por el contrario, poco a poco se había lanzado a una vida alegre, arrastrado primero por la tentación del café, por la joven que pasa, y lanzado después por la pendiente rápida de los grandes vicios, el alcohol, el juego, los amores crapulosos. El París por él conquistado, fué el París de los bajos placeres, soñados en la aldea y satisfechos con voracidad de sátiro glotón. Todo su dinero se consumía allí, hasta el que sacaba a su madre por medio de continuas promesas de próximas victorias en que la molinera creía siempre a pié juntillas.

Después acabó por dejar allí su salud; enflaqueció, amarilleó, perdió sus cabellos a los veintitrés años, hasta que su madre, sobrecogida de temor, fué en su busca una tarde, declarando que se lo llevaría, porque no podía consentir que se acabara de matar a fuerza de tanto trabajo; pero llegó ya tarde. Esta retirada desastrosa, este regreso al redil, hizo gemir bastante a Lepailleur, que empezaba ya a comprender, y que si no se irritaba todavía abiertamente, era por orgullo, por no confesar su horror, la decepción sufrida. A puertas cerradas se vengaba en su mujer, la perseguía con querellas continuadas, sobre todo desde que había descubierto sus continuas remesas de dinero a París; pero ella se las mantenía tiesas con él, hacíale frente, admirando al muchacho, como a él le había admirado en otros tiem-

pos, sacrificando el padre al hijo, de manera que el desacuerdo se hacía cada vez más visible en el matrimonio, desacuerdo nacido justamente de su tentativa común de tener por heredero un señorito, un parisiense. Antonino, mientras tanto, sonreía burlescamente, encogíase de hombros y paseaba al sol su asquerosa enfermedad, esperando el encontrarse bastante fuerte para volver a sus vicios. Cuando pasaron los Froment, fué un curioso espectáculo el ver a los Lepailleur, tiesos y graves, devorándoles con los ojos. El padre torció la boca como para burlarse, y la madre tuvo un cabeceo de baladronada, mientras el muchacho, de pié, con las manos en los bolsillos, se sonreía como de costumbre.

—Y bien, ¿dónde está Teresa?—gritó de repente la Lepailleur.—Ahora mismo estaba aquí; ya le tengo dicho que no se separe de mí cuando hay tanta gente.

En efecto: Teresa había desaparecido hacía un instante. Acababa de cumplir dieciséis años y era una pequeña y rubia muchacha, con cabellos de fuego y ojos negros. Cualquiera podría imaginársela colorada, empolvada de blanco con la harina del molino. Y sin embargo, no era así. De una vivacidad y de una decisión enormes, desaparecía durante dos horas enteras para batir los matorrales, en busca de pájaros, flores y frutos salvajes. Si su madre se azoraba de aquella manera corriendo en su busca, a tiempo que pasaban los Froment, era porque la semana anterior había comprobado un gran escándalo. El sueño dorado de Teresa era tener una bicicleta, sobre todo desde que sus padres se la negaron obstinadamente, declarando que aquellas máquinas eran buenas tan sólo para los burgueses, pero inconvenientes para las jóvenes honestas. Una tarde

en que Teresa se había marchado por los campos, como de costumbre, al regresar su madre del mercado, la había encontrado en un extremo del desierto camino, en compañía del pequeño Gregorio Froment, otro andorrero de matorrales, con el cual se encontraba muy a menudo en los rincones sólo conocidos de ellos. Los dos hacían una buena pareja, viéndoseles siempre juntos, riendo y divirtiéndose, galopando por las sendas. Lo más abominable del encuentro fué para la Lepailleur el ver que Gregorio, habiendo instalado a plomo a Teresa en su bicicleta, la sostenía por la cintura con brazo firme, sonriendo al lado de ella, ayudándola a rodar la máquina; aquello era una verdadera lección que el tunante la daba y que ella recibía de todo corazón. Cuando Teresa regresó al molino por la noche, fué recibida con dos soberbias bofetadas.

—¿Pero dónde habrá ido a parar esa endiablada corredora?—continuaba gritando la Lepailleur.—No se la pueden quitar los ojos de encima sin que deje de desaparecer.

Antonino, habiendo alargado la cabeza detrás de la barraca, para ver las porcelanas, volvió arrastrando los pies, las manos siempre en los bolsillos, con tripa de vicioso.

—Mírala allí, mamá, mírala allí.

Detrás de la barraca estaba en efecto, Teresa, pero en compañía de Gregorio. El tenía su bicicleta y parecía explicar su mecanismo, mientras que ella, admirada, miraba la máquina con ojos de deseo. Por fin no pudo resistir la tentación y Gregorio la levantó sonriente en sus brazos para sentarla un momento sobre la silla, cuando la terrible voz de la madre estalló:

—¡Condenada, bribona! ¿Qué es lo que haces

ahí? ¿Quieres venir en seguida, o voy yo a arreglarte las cuentas?

Mateo, que había advertido lo que ocurría, llamó a Gregorio en tono severo:

—Vé a meter tu máquina entre las otras; ya sabes lo que te tengo prohibido; no empecemos otra vez.

Aquello era la guerra declarada. Lepailler gruñó algunas amenazas con palabras soeces que no dejaron oír los bruscos acordes de un organillo; y las dos familias se separaron, alejándose entre la multitud bulanguera cuya ola iba aumentando.

—¡Dios mío!—dijo Rosa.—¡Ese tren no acaba de llegar nunca! Todavía faltan diez minutos. ¿Qué podríamos hacer en este tiempo?

Precisamente se había detenido delante de ellos un hombre que de pié en la acera con un cesto lleno de cangrejos a sus pies, parecía estar en actitud de vender su mercancía. Aquellos cangrejos debían proceder de los criaderos del Yeuse, a tres leguas de allí, y aunque no muy gordos, eran, sin embargo, excelentes. Una idea la asaltó.

—Mamá, vamos a comprar todo el canasto. Ya comprendes, es para el festín de bienvenida. Será nuestro regalo a la regia pareja que esperamos. No se dirá que nuestras Majestades no hacen bien las cosas, cuando se trata de obsequiar a las Majestades vecinas. Yo seré quien los haré cocer al llegar; ya verán ustedes cosa buena.

Entre chanzonetas y burlas, los padres cedieron al capricho de aquella niña grande, que no sabía ya, en medio de su felicidad, a qué diversión entregarse. A modo de distracción, Rosa quiso entretenerse en contar los cangrejos, y entonces ocurrió un accidente, pues pinchada por algunos, apresuróse a soltarlos, lanzando pequeños

gritos, y como quiera que el canasto se hubiese volcado, todos los crustáceos galoparon. Los muchachos se lanzaron en su persecución y hubo una caza en toda regla, en la cual acabaron por tomar parte hasta las personas más serias de la familia. Y era tan chusco, tan alegre, oírles reír, verles excitarse en aquella persecución, que Jonville se agolpó allí de nuevo, tomando parte en la diversión.

De pronto oyóse a lo lejos el silbato de un tren.

—¡Ah, Dios mío! ya están ahí—dijo Rosa azorada;—pronto, pronto; vamos a faltar a la recepción.

No hubo tiempo más que para tapar el canasto y llevarlo al carruaje; toda la familia corrió, invadió la pequeña estación, para arreglarse en buen orden sobre el andén.

—No, no; así no—repetía Rosa, colocando a su gente.—No observan ustedes las precedencias. La reina madre con el rey su esposo; después los príncipes, por rango de estatura. Federico va a ponerse a mi derecha. Nosotros somos los novios... y ya lo saben ustedes, soy yo quien hace el obsequio.

Paró el tren. Cuando Ambrosio y Andrea descendieron del coche, quedaron deslumbrados, estupefactos, de que hubiesen ido todos a esperar en correcta formación y con aquel aire de solemnidad. Pero como Rosa se pusiera a dirigirles un pequeño discurso, tratando a la novia de princesa de lejanas tierras, a quien ella estaba encargada de saludar en la frontera de los estados de su padre, la pareja acabó por reír y quiso continuar la broma, contestando en el mismo tono. Los empleados de la estación miraban, escuchaban con un palmo de boca abierta,

—¿Cómo? ¿No ha venido la señora de Seguir?
En efecto; tras de Ambrosio y Andrea, Celeste, la camarera, sola, acababa de bajar del tren, y ella trató de explicar así las cosas.

—La señora me ha encargado decir a usted que queda verdaderamente desesperada por no poder venir. Ayer todavía creía cumplir su promesa, cuando he ahí que por la noche recibió la inesperada visita del señor de Navarede, que preside hoy una conferencia para la Obra, y naturalmente, le ha sido necesario asistir. Entonces la señora me ha encargado que acompañara a los señoritos, y aquí estamos.

En el fondo nadie echaba de menos a Valentina, así es que Mateo resumió la opinión general cuando contestó:

—En fin, la dirá usted cuánta falta nos ha hecho... En marcha, pues.

Pero Celeste añadió:

—Dispéñeme usted, señor. Yo no puedo acompañarles. La señora me ha recomendado volver en seguida a casa, pues me necesita para vestirse, y además se aburre mucho si está sola. Sale un tren para París a las diez y cuarto, ¿no es así? pues le tomaré, y esta noche estaré aquí a las ocho para recoger a la señorita. Todo esto lo hemos arreglado con ayuda de una guía de ferrocarriles.

—Pues hasta la noche; quedamos entendidos.

Y dejando a la camarera en la pequeña estación, salieron todos y se reunieron en la plaza de la aldea, donde esperaban el break y las bicicletas.

—Ya estamos todos—gritó Rosa.—Al fin empieza la verdadera fiesta. Déjenme organizar el cortejo para entrar triunfalmente en el castillo señorial de nuestros padres

—Temo mucho—dijo Mariana,—que se moje tu

cortejo. Mira sino allá abajo aquella turbonada que se nos echa encima.

En efecto, hasta hacía poco, el cielo, hasta entonces tan sereno, se hallaba velado por una gran nube lívida que subía del Oeste. Aquello era como una consecuencia de las violentas ráfagas huracanadas de la noche anterior.

—La lluvia! No nos mojaremos—contestó orgullosamente la joven.—Jamás osará caer antes que estemos en casa.

Con una autoridad cómica siguió colocando a la gente, según el orden preparado en su imaginación ocho días antes. Y el cortejo se puso finalmente en marcha, atravesó Jonville, rodó a lo largo de la blanca carretera, a través de los campos fértiles, haciendo levantar bandadas de alondras. Fué verdaderamente un espectáculo magnífico.

A la cabeza de la comitiva, Rosa y Federico, en bicicleta uno al lado de otro, abrían la marcha. Seguía la escolta femenina, formada por las tres hermanas menores Luisa, Magdalena y Margarita, de la más grande a la más pequeña, sobre máquinas construídas exprofeso. En cuanto al paje Gregorio, siempre embalando a plenos pedales, se olvidaba a menudo de conservar la línea de formación, hasta querer pasar delante a la real pareja, lo cual le valió severas amonestaciones, tan molestas, que acabó por presentar la dimisión de su cargo. En tanto, las tres señoritas de la escolta se habían puesto a cantar la lamentación de la Cenicienta en marcha hacia el palacio del príncipe encantador, y la regia pareja se había dignado encontrar de buen efecto aquel canto circunstancial, a pesar de la etiqueta. Rosa, Federico, Gregorio, todos acabaron por cantar a ple-

na voz. Aquella canción, en la vasta campiña, producía el más bello efecto musical del mundo.

A alguna distancia seguía el carruaje, el antiguo break de familia. Según el programa convenido, Gervasio llevaba a su izquierda a Clara, sentados sobre el pescante de cuero. Los dos vigorosos caballos seguían su paso natural y pesado. En el interior del carruaje iban siete, contando tres galopines que ocupaban un rincón, donde se resolvían. Ambrosio y Andrea, a quienes se trataba de honrar con aquella bienvenida, ocupaban los asientos de preferencia, frente a frente. Seguíanles igualmente, vis a vis, los altos señores del país, Mateo y Mariana, la cual llevaba sobre sus rodillas al pequeño Nicolás, que iba rebotando alegría. Los dos últimos asientos estaban ocupados por la nietecita y el nietecito, Berta y Cristóbal, incapaces todavía de una larga caminata a pié.

El carruaje avanzaba lentamente, y por temor a la próxima lluvia, se habían corrido a medias las cortinas de gruesa tela blanca que le hacía parecer de lejos una carreta de molinero. Todavía más atrás, a guisa de retaguardia, marchaba a pié un grupo formado por Blas y Dionisio, la señora Desvignes y sus dos hijas, Carlota y Marta. Estas habían rehusado en absoluto tomar un carruaje, pues encontraban muy agradable recorrer a pié los dos kilómetros que separaban Chantébled de Jonville. Además, Rosa lo había dispuesto así, pues la comitiva necesitaba una escolta a pié. Aquellos cinco individuos representaban el inmenso concurso del pueblo, que seguía a sus soberanos, aclamándoles, o bien la guardia necesaria, los hombres de armas que vigilaban a la cola, a fin de rechazar el ataque posible de algún vecino feo. La desgracia fué que no pudiendo marchar depri-

la la señora Desvignes, la retaguardia se encontró pronto distanciada del grueso del ejército, hasta el punto que pronto no formó más que una partida aparte. Pero eso no desconcertaba a Rosa; al contrario, redoblaba su risa. Al primer recodo del camino, se volvió sobre su silla, y cuando vió la retaguardia a más de trescientos metros, se asombró.

—¡Oh! Mire usted, Federico. El cortejo no tiene fin. Detengámonos un poco. Esto se alarga, se prolonga siempre, y la campiña no va a ser bastante extensa para nosotros.

Y como las tres señoritas de la escolta, así como el paje, se permitieron hacer algunas objeciones, añadió en tono chancero:

—Digan, pues, ustedes; y sobre todo sean más respetuosos. ¡Cuenten un poco y lo verán ustedes! Somos seis en la vanguardia; en el coche van nueve, que son quince. Añadan ustedes ahora los cinco de la retaguardia y son veinte cabales. ¿Dónde habrá familia más numerosa? Los conejos que nos ven vasar están mudos de estupor y de humillación.

Y riendo a carcajadas, y reanudando otra vez el canto de la Cenicienta, emprendieron de nuevo la marcha hacia el palacio del príncipe Encantado. Al llegar al puente del Yeuse, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, gruesas y espesas, la nube lívida, que empujaba un viento terrible, galopaba por el firmamento, llenando los espacios aéreos de un clamor de tempestad. Casi de repente, las gotas se ensancharon más, se multiplicaron, azotadas por una ráfaga tan violenta, que el agua empezó a caer a cántaros, como si alguna formidable esclusa se rompiera por allá arriba. A veinte metros no se descubrían los objetos, en dos minutos el camino rebosó como el lecho

de un torrente. Entonces en el cortejo hubo un salvase quien pueda. Más tarde se supo la suerte feliz de la retaguardia, que sorprendida cerca de la casa de un labrador, se refugió allí, muy tranquilamente. Los del break se limitaron a correr las cortinillas y hacer alto debajo de un árbol, al borde del camino, por temor de que los caballos se espantaran al ruido de la tormenta. Mateo, y todos cuantos con él iban en el carruaje, pitaron a los ciclistas que se detuvieran también y no fueran tan locos que se empeñasen en recibir aquel diluvio, pero sus voces se perdieron en el espacio. Sin embargo, las tres jóvenes y el paje tomaron el prudente partido de refugiarse tras un seto espeso, con sus máquinas. Delante, la pareja de los novios continuó velozmente su carrera. Federico, el más razonable de los dos, había tenido el buen sentido de decir:

—Lo que hacemos no es prudente. Ruego a usted que nos detengamos, como han hecho los demás.

Rosa, excitada, llevada por su fiebre feliz e insensible al azote del agua, contestó a aquella cuerda proposición:

—¡Bah! Ahora ya estamos mojados, y si nos detuviéramos sería peor. Sigamos, sigamos. En tres minutos estamos en casa y luego nos burlaremos de todos esos cobardes, cuando lleguen después de un buen cuarto de hora.

Acababan de franquear el puente del Yeuse y volaban el uno al lado del otro, aunque el camino se hiciera pesado a causa de una subida de un kilómetro largo entre los altos chopos.

—Le aseguro a usted que hacemos muy mal—repitió Federico;—se me refirá y con razón.

—¡Ah! está bien—replicó Rosa,—¡yo que me divierto tanto! Es muy chusco este baño en bicicleta...

... en fin, déjeme usted, si es que no me ama bastante para seguirme.

Federico la siguió; se apretó contra ella, tratando de abrirla un poco y defenderla de la bléfica lluvia que caía. Y fué aquella una carrera desatinada, loca; la pareja unida, tocándose sus rodos, desfilando con una velocidad vertiginosa, como llevados por aquella lluvia torrencial, como si la tormenta les arrastrase. En el preciso momento en que saltaban de la máquina, en el patio de la granja, el chaparrón cesó de repente, y el cielo quedó limpio y azul.

Rosa reía locamente, muy colorada, sofocada, mojada hasta tal punto, que sus vestidos, sus cabellos y sus manos chorreaban, como si un hada de las fuentes hubiese vaciado su pila sobre ella.

—¡Eh! ¿qué tal? Ya está la fiesta completa. Hemos llegado los primeros.

Y dicho esto, se retiró para peinarse y mudarse de ropa. Pero lo que no confesó luego es que no se tomó la molestia de cambiarse la ropa interior, a fin de ganar algunos minutos con su prisa de preparar los cangrejos. Antes de que llegase la familia, quería que el agua estuviese en el fuego y preparadas las especies para la salsa, e iba y venía activando el fuego, llenando la cocina con su alegre actividad, feliz de poner a prueba sus conocimientos caseros, mientras que su novio la seguía con los ojos, en actitud de beatífica admiración.

Por fin, cuando la familia entera estuvo allí, tanto los individuos que iban en el break, como los que marchaban a pié, hubo una explicación bastante viva, pues tanto Mateo como Mariana, se habían incomodado por aquella locura, inquietándoles bastante.

—Hija mía—repetía la madre,—esa es una falta de buen sentido. ¿Te has cambiado la ropa?

—Sí, sí—respondió Rosa;—¿dónde están los cangrejos?

Por su parte, Mateo sermoneaba a Federico.

—Bien podías haber impedido esa locura. No es nada saludable el recibir sobre el cuerpo una lluvia de agua fría, sobre todo estando acalorados. Deberíais haberos detenido, como los demás.

—¡Diantre! Ella se ha empeñado en seguir, a pesar de todas mis observaciones, y yo, ya lo sabe usted, cuando ella quiere alguna cosa, no tengo valor para oponerme.

Rosa puso fin a los reproches, diciendo:

—Vamos, vamos; basta ya de reprimendas; yo he tenido la culpa de todo. ¿No hay nadie que me felicite por mi salsa? ¿Han visto ustedes nunca cangrejos en el fuego que huelan tan bien como éstos?

Durante el almuerzo reinó una gran alegría. Como eran veinte y se deseaba hacer un ensayo general como si dijéramos de las bodas que iban a celebrarse dentro de pocos días, se había dispuesto la mesa en un salón contiguo al comedor, pues aquél estaba todavía sin adornar, no hablándose de otra cosa que del modo con que se proyectaba el embellecerlo, con arbustos, guirnaldas de follaje y ramos de flores. A los postres se hizo llevar una escalera para trazar sobre las paredes las grandes líneas de la decoración. A los pocos instantes, Rosa, tan charlatana hasta allí, emudeció; sin embargo, había comido con buen apetito, aunque de pronto su cara se había puesto de una palidez de cirio.

Al ir a subir a la escalera para señalar un punto de ornato, se la vió tiritar y sufrió un brusco síncope. Todos los presentes se asomaron y co-

ron en su auxilio, poniéndola sobre una silla, donde estuvo durante algunos minutos sin dar señales de vida. Después, cuando volvió en sí, en una especie de angustia la tuvo todavía un instante sofocada, muda, como si no supiera explicar lo que la había pasado, mientras Mateo y Mariana, trastornados, la abrumaban a preguntas incoherentes; aquello era el resultado de la imprevista carrera de antes; pero la joven se repuso, sonrió de nuevo y dijo que no sufría ya, que había sentido de repente algo así como una gruesa losa que se le había caído sobre el pecho, pero que todo había pasado ya y respiraba mejor. En efecto, bien pronto estuvo en sus pies, y acabó de comunicar sus ideas para la decoración de la sala, animando a todos y pasando alegremente la tarde formando planes y haciendo los más bellos proyectos del mundo. La comida no fué tan animada; los cangrejos de la mañana habían sido muy celebrados y festejados. A las nueve, cuando Celeste se presentó para recoger a Andrea, la reunión se disolvió. Amadeo regresó la misma noche a París; Blas y Amadeo debían tomar el primer tren al día siguiente, a las siete. Rosa, al acompañar a la señora Desvignes y sus hijas hasta la carretera, las saludó gritando en medio de la tranquilidad de la noche:

—Hasta más ver! ¡Hasta muy pronto!

Lo dijo vibrante de alegría, por aquella cita que la familia se daba para el día de las próximas bodas.

Sin embargo, ni Mateo ni Mariana se acostaron seguidamente, sin querer comunicarse mutuamente en la quietud, encontrando en Rosa algo singular, los ojos apagados, la expresión fría. Al entrar habían estado nuevamente vacilado sobre sus pies, como si

fuera a caerse. Entonces la decidieron a meterse en seguida en la cama, aunque ella protestase de que no sentía más que un poco de sofocación. Después, cuando se hubo retirado a su habitación, que estaba configua a la de sus padres, éstos esperaron. Mariana fué varias veces a asegurarse de si dormía, de si estaba bien abrigada, mientras que el padre, inquieto y pensativo, velaba. Al fin, la joven se durmió, y entonces los dos, después de haber dejado abierta la puerta de comunicación, hablaron un rato, tratando de tranquilizarse el uno al otro. El accidente aquél no sería nada; una noche bastaría para reponer a Rosa. Por fin, Mateo y Mariana se acostaron a su vez, y la granja quedó en silencio, como entregada también al sueño reparador. Pero hacia las cuatro, antes del alba, oyóse un brusco y ahogado lamento: «¡Mamá, mamá!» Los esposos saltaron de la cama descalzos, temblorosos. Era Rosa que se ahogaba, que se debatía en nueva crisis, de una violencia extrema. Por segunda vez, tras algunos minutos, recobró el conocimiento, pareció aliviada, y los padres, a pesar de su vivísima angustia, prefirieron no llamar a nadie, esperando el día. Su terror, sobre todo, procedía de encontrar a su hija desfigurada, con el rostro hinchado, descompuesto, como si algún poder oculto la hubiese cambiado y tratara de robársela en una sola noche. Sin embargo, Rosa había yuelto a dormirse con aire de postración, y los padres no se movieron ya por miedo a turbar aquel reposo, esperando que llegase el ansiado día. Sonaron las cinco, las seis. Hacia las siete menos veinte, Mateo, percibiendo en el paso a Dionisio, que debía marchar a París en el tren de las siete, bajó presuroso, para cargarle que pasara por casa de Boutan a suplicarle acudiera a la granja sin perder un momen-

to. Después de la partida de su hijo, volvió a reunirse con Mariana, sin llamar a nadie aún, cuando una nueva crisis, terrible y formidable, acometió a la enferma, que se incorporó con los brazos abiertos y la boca contraída, gritando:

— ¡Mamá, mamá!

Seguidamente, en una violenta excitación, en una última llamarada de vida, saltó de su cama, quiso salir, fué hacia la ventana que el sol naciente irradiaba.

Por un instante se apoyó en el alféizar, las piernas y la espalda desnudas, con una desnudez pura de virgen, con sus espesos cabellos sueltos que cubrían como un manto real. Jamás había parecido tan bella, tan esplendente de fuerza y amor.

— ¡Oh, cuánto sufro! ¡esto se acaba! ¡me muero! Mateo se había precipitado hacia ella, y Mariana la sostenía, la estrechaba entre sus brazos, como si quisiera formar con ellos una coraza que defendiera de todo peligro.

— ¡Cállate, desgraciada! Eso no es nada; otra crisis que se calmará en seguida. Vuelve a la cama, acuéstate; tu viejo amigo Boutan está en camino ya; mañana estarás restablecida.

— No, no; yo voy a morir; esto acabó.

Y cayó en brazos de sus padres sin dar tiempo más que para echarla sobre la cama. Fué la muerte instantánea producida por un rayo. Muerta sin pronunciar una palabra, en pocos minutos de una congestión pulmonar. Era la terrible herida que de un golpe siega toda una primavera. Aquello fué tan brutal, tan violentamente inesperado, que el estupor llevó desde luego a Mateo y Mariana a la desesperación. A sus gritos acudieron todos, llenándose la granja de un clamor espantoso. Después cayó en el gran silencio de la muerte, al cesar toda faena, toda vida,

Allí estaban desfavoridos, aniquilados, los otros hijos: el pequeño Nicolás, que no comprendía aún; Gregorio, el paje de la víspera; las tres señoritas de la escolta, Luisa, Magdalena y Margarita; los mayores, los más impresionados, Clara y Gervasio. Aún había otros por los caminos, los primogénitos Blas, Dionisio y Ambrosio, que marchaban hacia París en aquel preciso momento, ignorando el imprevisto, el terrible golpe que acababa de descargar sobre la familia. ¿Dónde les alcanzaría la cruel noticia? ¿En qué cruel angustia volverían? ¿Y el médico que iba a venir!... De pronto, en medio de la confusión terrible de los primeros momentos, se oyeron los gritos de Federico, el novio, llorando el desastre. Volvíase loco, quería matarse, diciendo que él era el asesino, ya que debió impedir a Rosa el marchar bajo la torrencial lluvia de la víspera. Se le arrancó de allí, fué preciso sacarle de la granja, ante el temor de alguna nueva desgracia. Su súbita demencia había destrozado los corazones, los sollozos estallaron, y hubo allí una lamentación de míseros padres, hermanos, hermanas, de todo Chantebled fulminado, al que la muerte visitaba por primera vez. ¡Rosa sobre la cama, blanca, fría, muerta! ¡La más bonita, la más alegre, la más amada! ¡Aquella por quien sentían respeto y admiración todos los demás hermanos! Y precisamente, en medio de la más lisonjera esperanza de larga vida y sólida felicidad, diez días antes del casamiento, al siguiente de aquella jornada de alegría loca, en que tanto había reído y gozado. Ella, tan llena de vida poco antes, tan adorable; con sus imaginaciones de niña grande y feliz, sus recepciones regias, su real cortejo. Los dos próximos casamientos, al celebrarse a la vez, hubieron sido como la florescencia misma de la dicha

constante, perdurable; la larga prosperidad de la familia dilatada en una suprema alegría. Hasta allí, sin duda, habíase sufrido bastante, llorando a veces; pero habíanse unido y consolado los unos a los otros, sin faltar nunca a nadie. Pero de pronto la muerte venía a recordar que no hay alegría absoluta para nadie, que los más valientes, los más felices, no triunfan jamás por completo en sus esperanzas. La vida no existe sin la muerte. De una sola vez pagaban su deuda de miseria humana, tanto más costosa cuanto mayor parte de vida habían tomado, creando mucho para vivir mucho. Cuando todo germina y brota en torno de sí, cuando se ha querido la fecundidad sin reserva, la obra de producción continua, ¡qué llamamiento más atroz al eterno y obscuro abismo, el día en que la desgracia abate, abre la primera fosa, se lleva un sér querido! Esta brusca rotura, el arrancamiento de las esperanzas que parecían sin fin, el estupor de que no se puede vivir y amar eternamente.

Los dos días terribles que siguieron a la inesperada desgracia, la granja continuó muerta también; la familia entera, reunida alrededor de aquel cuerpo inanimado, cubierto materialmente de flores. Y hubo un colmo de crueldad en el destino: el cuerpo puesto en el féretro, descendido al salón donde se había almorzado tan alegremente, discutiendo la manera de decorarlo para la gran fiesta de la doble boda. Allí fué donde se hizo la última velada fúnebre, sin que hubiese arbustos verdes, ni guirnaldas de follaje: cuatro cirios que iban gastándose, y algunas rosas blancas, cogidas por la mañana, que se marchitaban. Ni Mateo ni Mariana quisieron acostarse durante aquella noche suprema; quedaron juntos cerca de la hija que la tierra ya volvía a tomar. Parecían verla muy pequeña,

a los seis meses, en su primera morada de Chantebled, en el antiguo pabellón de caza. Se la representaban más tarde en París, niña aún, acudiendo por las mañanas a su cama, saltando y riendo. La recordaban sobre todo, mocita ya, embellecida a medida que Chantebled se agrandaba, como si ella misma se hubiera muerto en medio de toda la salud de aquella tierra hecha fértil... Cuando les asaltaba el pensamiento de que no la volverían a ver jamás, sus manos se buscaban, se apretaban, mientras que sus corazones se oprimían fuertemente. Ahora que la brecha estaba abierta, ¿no seguirían algunos otros de los hijos, a la desventurada Rosa? Y los otros diez hijos estaban allí, desde el pequeño de cinco años, a los dos primogénitos de veinticuatro, todos vestidos de negro, llorosos, alrededor de la hermana dormida, como un dolorido batallón que la rindió los honores fúnebres. Ni el padre ni la madre les veían ya, no los contaban, el corazón hecho pedazos, arrancado por la pérdida de aquel sér que partía, que era carne de su carne, sangre de su sangre. Y en el gran salón desnudo, mal alumbrado por los cuatro cirios, se esperó el alba, que llegó como para iluminar el último adiós de toda la familia. Después hubo todavía el dolor de aquel convoy deslizándose por la blanca carretera, entre los altos chopos, en medio de los trigales verdes, sobre aquel mismo camino que Rosa había tan locamente recorrido bajo la tormenta. Todos los parientes, todos los amigos, habían acudido, todo el país había aportado su emoción por una muerte tan repentina como inopinada. También el cortejo esta vez se extendía a lo lejos, tras del carruaje enlutado de blanco, como florido en el claro sol de una concha de rosas blancas. La familia entera había querido presidir el duelo, pues

todos habían manifestado que no abandonarían a la muerta querida hasta el borde de la fosa. En seguida marchaban los íntimos, los Seguin, los Beauchêne; pero, sumidos en su pena, ni Mateo ni Mariana reconocían ya a las gentes. Solamente al día siguiente se acordaron de que habían debido ver a Morange, sin estar ciertos empero de que fuese Morange aquel señor silencioso, obscurecido, entrevisto como una sombra, que les había estrechado las manos llorando a lágrima viva. También en una especie de sueño, recordó Mateo la escuálida figura de Constanza acercándosele en el cementerio, dirigiéndole vagas palabras de consuelo, mientras que había creído ver llamear sus ojos de un triunfo abominable. ¿Qué había dicho? No lo recordaba. Sus palabras, contritas naturalmente, lo mismo que su actitud, habían sido las de una pariente afligida. Pero un recuerdo abrasaba su mente; en sus oídos resonaban otras palabras que Constanza había pronunciado el día en que prometió asistir a las dos bodas, deseándole, con amargura, que continuase la buena suerte de Chantebled.

Ya ellos estaban fulminados a su vez. Quizá su buena suerte había acabado para siempre. Y tuvo un largo estremecimiento, alterado de su fe por el porvenir, torturado por el miedo de ver la prosperidad, la fecundidad, interrumpirse y perderse, ahora que la brecha estaba abierta.